

estamos en el ajo; pero no confundáis las especies, ni traquéis los frenos, ni lo echéis todo á barato; que los inmortales verdaderos sabemos distinguir y poner sobre nuestra cabeza á los grandes ingenios, aunque sean académicos; y no creáis que por acá se comete la injusticia de tener en poco á hombres como Castelar, Campoamor, Valera, Núñez de Arce, Tamayo, Menéndez Pelayo, Echegaray, Zorrilla, Alarcón, etc. etc. A éstos se les quiere á pesar de ser académicos, y sabiendo que muchos de ellos lo son por compromiso... Por lo demás, yo pudiera aún ajustaros las cuentas, si no fuera porque Apolo tuerce el gesto y ya ha agotado su paciencia este desventurado Clarín con su discurso largo y desordenado, donde faltó lo principal...

—Señora, usted dispense; pero á mí se me ha destripado el cuento; yo iba pasando mis cabras una á una y me quedaba la mayor parte del rebaño de mis argumentos de este lado del río...

—Pues ¡ira de Dios Trino y Uno! aunque este juramento sea contra mis intereses, que yo no he de tolerar más discursos, y juro por el Olimpo y por todos los montes de la tierra, á fuer de Apolo, que aquí nadie me ha de hablar ya más de veinte palabras seguidas, palabra más ó menos... ¡Eal Despejen ustedes el come-

dor ó triclinio, ó como ustedes quieran llamarlo, señores académicos, y llévense á Cañete, y no parezca por aquí ninguno de ustedes en su vida, ni tampoco por ninguna de mis posesiones de Delos, Claros, etc., etc. Venus, vamos á dar un paseo.

—Conste, me atrevi yo á gritar, crinado Febo, que yo no había terminado mi acusación fiscal, y que en el buche no ha de quedárseme, y que á la primera ocasión posible he de encajarla.

—Pues, mira no sea delante de mí, ó te hago ahorcar, como lo tengo prometido.

Ganimedes y Mercurio, por orden de Apolo, barrieron los académicos que se mostraban rehacios para marcharse; y lo mismo fué salir ellos, que entrar muertas de risa todo el coro de las sagradas Musas.

Debo advertir que el único académico de los buenos que se había presentado, Tamayo, se había escabullido rato hacía.

## VI

No pudo, por más que quiso, librarse el dios Esminteo de la compañía de las Musas, las cuales, entre jarana y bromas de colegialas en asueto, resolvieron merendar en el campo, en un claro del bosque de Afrodita.

Fué Erato la que con más calor defendió el

proyecto. No estaba fea la Musa de la égloga y otras canciones, con su sombrerito de paja de Italia inclinado sobre el ojo derecho. Era alta, garrida, y aunque de encantos algo ajados, como las flores del sombrero, rodeábale un ambiente de frescura y de olores campestres que confortaba. Era muy amiga de risitas, carcajadas, saltos y carreras; pero en su alegría graciosa había de cuando en cuando paradas en falso, repentinas inquietudes, calderones de melancolía, por decirlo á lo músico. Después de Terpsícore y de Euterpe, era la Musa que Apolo más quería. La diosa del baile, sentada á los pies de Venus, estiraba sobre el pavimento una pierna vestida con calzón de punto color de carne, musculosa y muy bien dibujada. En el rostro de Terpsícore, moreno y de ojos negros, inocentes y dulces, con fuego á ratos en las pupilas, no había más expresión que la de la fuerza física, graciosa y dócil; tenía algo la Musa del hermoso caballo de carrera vencedor de cien rivales. Febo, de vez en cuando, sonriendo á Venus, se acercaba á sus rodillas, tomaba en ellas la cabeza de Terpsícore, allí apoyada, y cogiendo por la barba á la Musa, la hacía mirarle y sonreír también como lo haría un buen perro de caza, si pudiera. No había en Terpsícore la enfermiza exaltación de Erato que inquietaba; por eso Apolo amaba más á Terpsícore.

Y gritaba Erato, algo envidiosilla, viendo á Febo acariciar á su hermana:

—Atención, atención; fuera mimos y atención al programa: merendaremos sobre la hierba y se comerá á la antigua, no como dioses, sino como los hombres que un tiempo habitaron la inmortal Hellas.

A Erato se la dejó el cuidado de disponer la fiesta vespertina; y como era ya la hora de la siesta, las Musas se retiraron al gineceo, que no estaba en el piso alto, diga lo que quiera la Academia; Apolo se fué con Venus no sé adónde, y como todos se olvidaron de mí, Hermes, compasivo, me dispuso un lecho en el pórtico sonoro de jaspes bien pulimentados, como á huésped que era, aunque indigno.

Se durmió la siesta, y cuando ya la tarde preparaba al sol blando lecho en las lejanas ondas del mar, cubiertas con edredón de abultadas y esponjosas nubes de púrpura; y los primeros soplos de la brisa mitigaban el calor estivo, Febo, Afrodita, Hermes y las nueve Musas buscaron en el sagrado bosque un claro bien tapizado de flores y menudo césped, y tendiéndose en corro sobre el campo, distribuidos en platos de oro los ricos manjares, comenzaron á comer con los dedos, y á beber, en vez de nectar, vino de la tierra, es decir, Chipre, que Ganimedes extraía de una á manera de bota que dirían en Jerez,

pipa pequeña que allí se llamaba *pizos*, y estaba apoyada y un poco hundida en la tierra. Ganimedes sacaba el Chipre del *pizos* en ánforas de panza muy abultada que llamaban *udria* y *calypis*, y de las ánforas iba á dar el líquido generoso en las botellas, que se llamaban *cotonos* y *bombilios*, y eran como nuestros frascos de viaje; y de tales recipientes, sin intermedio, caía en las sedientas fauces de los dioses toda aquella humedad bienhechora. Sólo Polimnia bebía, por ser correcta en todo, en un vaso, en un esquifos ático. Se comió y bebió mucho, primero en silencio, después entre carcajadas, gritos y conversación alegre, que jamás consentía Apolo que degenerase en discurso, ni menos en brindis.

Cuando ya llegaban á los postres, Apolo se volvió hacia mí, que con permiso de Afrodita y por encargo de Mercurio había servido de pinche á Erato, directora de aquel olimpico banquete.

—¡Oh tú, misero mortal! dijo el dios: entre tanta maravilla como nuestra presencia te ofrece, ¿qué es lo que más te pasma y á mayor envidia te provoca?

—Pues lo que más os envidio es la ausencia de brindis, y lo que menos la ausencia de cucharas y tenedores; porque no hay cosa más sucia que comer con los dedos, ni más sana que comer sin discursos.

Rióse Apolo, pidió café y cigarros, apoyó su codo en el regazo de Venus, estiró las entumecidas piernas, y dijo á Terpsicore que bailase un poco. No se hizo rogar la Musa, y empezó á hacer cuantas maravillas cabe que se hagan, expresando con los pies y los saltos y las contorsiones de todo el cuerpo y el ritmo de los movimientos variados, sensaciones tan poco complicadas como profundamente humanas. Euterpe, alegrilla, batiendo palmas, acompañaba el baile con polos del Parnaso que eran de oír; y en tanto las otras Musas disputaban con calor hablando á un tiempo, mientras Hermes, borracho ó á medios pelos, de bruces sobre el césped, se divertía imitando con la voz el zumbardel tábano y escarbando con una hierba larga y barbuda las orejas de Polimnia, á quien el fuego de la polémica no dejaba atención libre para rascarse ó sacudirse.

Erato, un poco separada de las otras, hablando sola, pues nadie le hacía caso, miraba á las nacaradas nubes, recostada sobre un montón de hierba fresca que había segado Hermes con las alas sutiles del talón de oro; y decía la Musa del sombrero de paja de Italia:

—Digan lo que quieran, yo soy la poesía más amable, y aunque mis atributos no estén bien definidos y en esto haya confusiones y disputas, de mi jurisdicción es, sin duda, el dulce cantar

de la naturaleza, donde se mezclan los ayes de los pastores enamorados, auténticos ó no, y los arpegios de las aves con el bullicio de las hojas que entre sí conversan en el bosque, y con el rumor suave de la brisa que rueda sobre las mieses y la hierba crecida, inclinando los tallos en graciosos movimientos...

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién perora? preguntó Apolo, amostazado, incorporándose.

—Soy yo, ingrato Apolo; Erato, que hablo conmigo misma, ó con las flores, y las nubes, y las ramas de estos árboles, si quieren escucharme.

Entonces, metiendo la cucharada, me atreví á decir (después de acercarme con respeto á la Musa de lo que llaman los pedantes y otras personas poesía lírica, y algunos ¡rayo en ellos! subjetiva), digo que me atreví á decir:

—Erato, pues con las flores y las nubes y los troncos hablas, no desdeñarás que yo, un mortal, un hombre, te oiga y hasta responda si quieres.

—¿Hombre, dijiste? Mirate y pálpate bien, y advierte si eres hombre ó literato, que no es lo mismo.

—Hombre me soy, amiga mía, y bien seguro estoy de ello, que no pocos años llevo de aprendizaje en el arte, difícil para quien lee y escribe, de no dejar la calidad humana para convertir-

se en puro hombre de letras, que, como ello mismo dice, no es hombre de carne y hueso. Y porque soy hombre me acerco á tí, y mientras tus hermanas disputan, prefiero oír lo que tú dices y cómo te quejas, si tienes de qué, como creo.

—¿Que si tengo? ¿Que si me quejo? Quéjome del mundo entero, y de tu tierra singularmente. Yo amo el campo, amo la vida en valles y montes, por sotos y praderas; pero tu tiempo me olvida, y cuando cree cantar en mis dominios, llora en otros que no conozco; mira cuál será la tristeza del mundo que yo misma suspiro, porque ya nadie, ó muy pocos, rien conmigo. De tu siglo se dijo (un gran poeta sabio lo decía, Humboldt), que había comprendido mejor que siglo alguno el amor de la naturaleza, su santa poesía; algo habrá habido de esto en algún caso y en ciertos respectos; pero los poetas que á la naturaleza se vuelven en estos días, vienen todos picados del romanticismo.

—Divina mordedura...

—Es un veneno.

—Es unción.

—¿Tú eres romántico?

—A mi modo. Pero aunque no lo fuera; reconozco los bienes que el romanticismo nos trajo.

—Yo también; mas para mí fueron daño. Era-

to no se compadece con el *lirismo* triste, egoísta, que sale al campo á pedir al rocío y á la aurora que lloren con él...

—¿Pues no lloraban los pastores y no pedían á los ríos y al mismo cielo lágrimas para acompañar su llanto?

—Si pedían y si lloraban; mas aquello era otra cosa; no lloraban sino por una ingrata, ó por ausencias, ó por muerte de la zagala querida, ó por desdenes, ó por celos, ó por rivalidades; no lloraban por cansancio de la vida, ni por quejas del hado, ni por inquietudes misteriosas ó recónditas lacerias del ánimo; no hacían filosofar á la naturaleza, ni siquiera la llamaban así, como yo misma hago ahora, para que se me entienda. Yo no te niego que haya belleza en la poesía naturalista de nuestros poetas románticos; pero que no digan que esa belleza la inspira esta Musa... no; el amor espontáneo, inmediato, inocente y dulce de bosques, riberas, prados, montes, valles, cuetos y cañadas, vegas y ríos, ventisqueros y lagos, mar y cielo, alegrías campes- tres, melancolías de la tarde, terrores ó misterios de la noche, esperanzas de la mañana; todo eso les falta, y el dolor que vierten sobre la naturaleza como una libación sobre una víctima, adultera los cantos más hermosos, envenena la tierra con lágrimas.

—No disputaremos por eso. Pero suponiendo

que tengas razón en cuanto á los románticos, no la tendrás acaso respecto de los poetas modernísimos que de la naturaleza hablan también. Pensando como tú, muchos de ellos pretenden desterrar toda emoción... subjetiva (así dicen, aunque está mal dicho) y cantar el mundo físico por él solo, y tal como es, *impersonalmente*, reflejando como en un espejo sus bellezas.

—Sí, sí, ya conozco también á esos. Tampoco me entienden, aunque se creen de nueva cepa; por lo que á mí importa son tan románticos como los otros. Son los naturalistas, los impávidos, los *formistas*, los *esculturales*, los *pesimistas*, los *nirvanistas*... ¡Ay, pobre Erato, qué tengo yo que ver con ellos! No es impasibilidad lo que yo pido, ni que el poeta pretenda mirar las cosas del mundo con la serenidad de un dios; no necesita el artista dejar de ser hombre, como se figuran muchos ahora. Además, entre los poetas modernísimos que se creen desligados de la tradición y de la herencia romántica, hay preocupaciones idealistas, aunque ellos lo nieguen; y ese mismo impersonalismo, y sobre todo el tecnicismo, la ciencia y el arte descriptivos tomados como objeto inmediato y único, la transcendencia metafísica que casi siempre late en las obras de esos autores, sea para blasfemar, ó para dudar, ó para resignarse, son elementos extraños á la verdadera poesía natu-

ral, según esta Musa la entiende y la inspira...

—¿Conoces á Leconte de Lisle, Erato?

—¡Pues no he de conocerle! Y le estimo y reconozco grandes méritos; allá, en el Parnaso, tiene muchísima fama; y Apolo, las pocas veces que se digna hablar de estos asuntos, se hace lenguas del sucesor de Victor Hugo. ¡Ya lo creo! Pero ¿qué quieres? Tampoco ese entra en mis reinos sino de tarde en tarde y por muy pocos momentos. Es muy sabio y es muy pesimista para que pueda servirme á mí. Es de los que más valen, de los que aman de veras la naturaleza y la sienten y la entienden; pero la transporta también, como la transportaba la poesía india, á una especie de pasmosa teogonía pantefística, deslumbradora, grandiosa, sublime, pero triste al cabo.. sí, triste. Y por ahí me viene á mí la muerte... es decir... la muerte no, porque soy inmortal; pero si la agonía, una agonía eterna: ¿habrá mayor suplicio?—Un día Venus, paseándose con Apolo entre estos árboles, no sospechando que yo los espiaba, dijo hablando de mí:—Esa chica está tísica...; y lo dijo sonriendo con desprecio. ¡Si vieras, pobre mortal, qué tristeza sentí! ¡Una tísica inmortal! Tú no puedes comprender esto... Mi exaltación, mis alegrías, son tristes, extremadas, sin motivo; este volver de la imaginación y del deseo al pasado, á un pasado remoto, enterrado para siempre sin remedio, to-

do ello nace de mi enfermedad; una tuberculosis espiritual que me viene de Oriente... acaso...— Maya, la divina Maya, la ilusión suprema es bella, deslumbra; los poetas hacen alarde de contentarse con su hermosura, ¡pero es ilusión! En otro tiempo, cuando yo reinaba en Occidente, Maya no era ilusión, ni se hablaba de estas diferencias entre la realidad y el sueño; más bien se tomaban los sueños por realidad también; de la Mitología habíamos hecho un mundo real: ahora, con la influencia de Oriente, de la realidad se hace una mitología... Por eso yo me consumo, porque no puedo vivir de resignación poética, de misticismo triste y en el fondo ateo; mi reino era la naturaleza como ser real y sin más transcendencia que su hermosura; las sensaciones que ella sugiere y los afectos naturales y humildemente humanos entrelazados en las canciones, como la hiedra al olmo, á la inspiración de la naturaleza misma. ¿Me entiendes? Yo, á lo menos, te hablo con todos estos términos bárbaros y aborrecibles, de una abstracción helada, para que me comprendas... y me compadezcas... Soy una pobre tísica... ahí tienes, y una tísica que no puede morir. ¡No muero, agonizo eternamente!

Calló la musa; miró á Febo de soslayo, temerosa de que el dios la reprendiese por sus lamentaciones; y después de encoger los hombros con

gracia y cambiando de tono, me preguntó, creyendo que mudaba de conversación y en rigor hablando de lo mismo.

—Y en tu tierra, ¿tenéis ahora muchos buenos poetas?

—De los que tú quisieras, ninguno. Buenos de otro modo, muy pocos.

—Ayala ha muerto, ¿verdad? Algunas poesías de ése algo se acercaban á lo que yo necesito; pero la sensualidad predominaba demasiado. Su imaginación fresca y original, espontánea, su pasión cierta y viva, su gusto exquisito en la forma y un sentido poderoso para escoger lo noble en el idioma, mas un don singular de abundancia y novedad en la expresión poética, le daban grandes ventajas para vencer á muchos contemporáneos de los que pretenden ser grandes poetas líricos con propia inventiva, con fuerza avasalladora...; pero ni insistió Ayala en cultivar tales facultades, ni trabajó ni estudió bastante. Además, el teatro y la política le arrastraron por otros caminos. Pero sí, créeme: si hubiera insistido en la poesía lírica, como decís vosotros, tal vez hubiera sido de los míos; porque esa misma sensualidad excesiva, con los años se hubiera modificado, convirtiéndose en parte á otros objetos y acabando en un equilibrio sano y hermoso. ¿Me entiendes?

—Creo que algo.

—Por lo demás, tenéis buenos poetas: ¡ya lo creo! Campoamor... no es de los míos ni con mucho, ni él lo pretende; pero es grande, ¿quién lo duda? mucho. Yo no soy injusta. No nos entendemos, pero le admiro. Es de su tiempo. Allá él, buen provecho.

Calló otra vez la Musa y se asomaron á sus ojos dos lágrimas. Y después de un silencio triste, añadió:—También admiro á Núñez de Arce; pero también ese es de su siglo. Dudas, grandes problemas, ¡puff! ¡Su siglo! ¡Vaya un regalo! ¿Y tú? ¿También eres de tu siglo?

—Yo no soy poeta.

—Pero ¿eres de tu siglo?

—Procuraré meter la cabeza en el que viene, y si me gusta más que éste, seré del otro.

—¡Quién sabe, quién sabe si yo!... Mas dicen que la tisis no tiene cura. Pero oye; yo no te quería hablar de Campoamor ni de Núñez de Arce, ni de Zorrilla... no era eso; de estos ya sabía yo antes que tu nacieras. Te preguntaba por los nuevos, por la esperanza. ¿Hay en tu tierra esperanza de poetas nuevos?

—Musa, yo, según me hago viejo, me voy volviendo al pasado. Mi esperanza son Garcilaso, Fray Luis de León, éste sobre todos, y otros pocos.

Tembló la Musa estremecida por un recuerdo.

—¡Luis de León! Si yo te dijera... Yo viví mu-

chos años enamorada de él, y celosa del cielo, de vuestro cielo cristiano. Así como hubo un Fernando de Herrera, estúpido doctor que quiso convertir en religiosas las poesías eróticas de Garcilaso, y donde el cantor de la flor de Gnido había dicho Salicio, él puso Cristo, yo, por el contrario, convierto para mi solaz las poesías religiosas de Fray Luis en profanas, y le tengo por uno de los míos, porque su misticismo es profundamente humano; la tristeza con que mira hacia el suelo rodeado de tinieblas, no le impide ver y sentir la naturaleza tal como es ella, con íntima emoción y conciencia de su belleza y de su realidad. Sí, sí: por multitud de razones que no es del caso explicar ahora, yo sé que Fray Luis, sin dejar de ser poeta cristiano y bien cristiano, es también poeta mío, como apenas los hay ahora. ¿Me entiendes?

—Creo que sí. Por eso yo te decía que mi esperanza está en esos poetas, por lo que á España toca.

—Es decir, que no confías en la juventud.

—Nuestra juventud no es poética.

—Pues fuera de España sí, hay jóvenes poetas...

—Ya lo sé; aunque decadentes y poco amigos de tus gustos, fuera de España los hay...; pero en España no.

—Tal vez tienen la culpa ésas...

—¿Quién?

—Clío, Caliope y Polimnia. Tanto se habla entre vosotros de escuelas, de retórica nueva, de la prosa que mata al verso, de la novela, de la verdad como inspiración única, del fin educativo del arte naturalista, etc., etc..., tanto se revuelve todo ese polvo de confusas doctrinas, de pretensiones pedantescas, que no extraño que la poesía se esconda... ¡Oh! Los tiempos son tristes. Mira al buen Apolo: ¿no observas con qué displicencia oye hablar del arte? Ha perdido la fe; no cree en las letras; prefiere á Venus, la hermosura viva; dice que la mujer hermosa es la poesía natural y perenne...; y entre las Musas ¿cuáles escoge? La música y el baile, Euterpe y Terpsícore, una visionaria y una idiota ágil y robusta, de piernas de acero y cuerpo de culebra... Terpsícore, la idea en los pies, y Euterpe, la idea por las nubes. No pensar, sentir y moverse, eso es lo que Apolo quiere, cansado ya de su inmortalidad monotonía... Y aun á mí me tolera porque dice que soy sencilla; pero esas otras le apestan.

Calló la Musa, perdida entre sus melancólicas reflexiones.

Yo reanudé la conversación, diciendo:

—Musa, sea lo que quiera del porvenir del arte, por lo que importa á España, yo no creo que la falta de poetas jóvenes se deba principal-

mente á las necedades que se predicán contra el *lirismo* y contra el verso. Esas tonterías más ó menos cubiertas de erudición curiosa, podrían intimidar ó persuadir á un alma pequeña, á un versificador por antojo; mas á un poeta verdadero, ¿cómo habrían de convencerle críticos superficiales ni tosco vulgo de que la poesía había pasado de moda? Poetas hay en otros países donde también se predica esa doctrina absurda, que se rien de ella ó protestan indignados con elocuentes defensas de la poesía, ó con poemas hermosos que prueban más que mil disquisiciones doctas. El mismo Leconte de Lisle, de quien antes hablábamos, ¡con qué soberano desdén ha venido protestando desde sus primeros cantos contra ese *prosaísmo* invasor que quiere hacer del arte una democracia absurda, un renacimiento *bárbaro* que sería un crimen de lesa humanidad!—En España, Erato, no hay poetas nuevos... porque no los hay; porque no han nacido. Nuestra generación joven es enclenque, es perezosa, no tiene ideal, no tiene energía; donde más se ve su debilidad, su caquexia, es en los pruritos nerviosos de rebelión ridícula, de naturalismo *enragé* de algunos infelices. Parece que no vivimos en Europa civilizada... no pensamos en nada de lo que piensa el mundo intelectual; hemos decretado la libertad de pensar para abusar del derecho de no pensar nada.

¿Cómo ha de salir de esto una poesía nueva? ¿Ves ese pesimismo, ese trascendentalismo naturalista, ese orientalismo panteístico ó nihilista, todo lo que antes recordabas tú como contrario á tus aspiraciones, pero reconociendo que eran fuentes de poesía á su modo? Pues todo ello lo diera yo por bien venido á España, á reserva de no tomarlo para mí, personalmente, y con gusto vería aquí extravíos de un Richepin, *satanismos* de un Baudelaire, *preciosismos* psicológicos de un Bourget, *quietismos* de un Amiel y hasta la procesión caótica de simbolistas y decadentes; porque en todo eso, entre cien errores, amaneramientos y extravíos, hay vida, fuerza, cierta sinceridad, y sobre todo un pensamiento siempre alerta...

*Vegeter c'est mourir, beaucoup penser c'est vivre.*

No tenemos poetas jóvenes, porque no hay jóvenes que tengan nada de particular que decir... en verso. Para los pocos autores nuevos que tienen un pensamiento y saben sentir con intensidad y originalidad la vida nueva, basta la forma reposada y parsimoniosa de la crítica, ó á lo sumo la de la novela... El arrebato lírico no lo siente nadie... Ahí no se llega...

Iba á interrumpirme Erato, que tenía cara de decir muchas cosas, cuando estalló en el corro de la otras Musas un gran estrépito, y acudimos á ver lo que era.

Y era que Clío y Caliope andaban á la greña, algo borrachas, y tuvo Apolo que levantarse á poner paces y entender en el litigio.

V

Clío, la primera y más venerable de las Nueve, tenía sujeta á Caliope por el moño, y no quería soltar mientras la inspiradora de la poesía épica no confesase que la novela, género literario que los antiguos no dedicaron á ninguna musa en particular, pertenecía á quien inspiraba la historia, que era ella, Clío.

Caliope juraba que primero se dejaría hacer tajadas que renunciar á la novela, que era cosa suya; y citaba, entre otras, la autoridad de don Luis Vidart.

En vano Polimnia quería poner paces vociferando que á ella correspondía dirimir la contienda; nadie le reconocía competencia, y Hermes, que se divertía mucho con el garbullo, atizaba la discordia diciendo:

—Yo creo que hay argumentos favorables á la pretensión de Clío, por más que no le faltan á Caliope razones en que apoyar su derecho; por lo cual, y no siendo aplicables al caso las reglas de la jurisprudencia para los conflictos

entre dos derechos, no hay más remedio que recurrir á la ordalia, y que midan ambas Musas sus fuerzas; sea el moño de cada cual el símbolo de la novela, y la que se quede con el pelo de su enemiga en las manos, esa vengza. Por lo pronto, la victoria se inclina del lado de Clío, que ya ha hecho presa... y ya se sabe aquello de *beati possidentes*.

Entonces fué cuando acudió Apolo al ruido; se le enteró de todo, y quiso oír á las partes, obligándolas previamente á renunciar á la *manus injectio*, es decir, haciendo que soltara Clío el moño de Caliope, y Caliope el *polisson* de Clío.

Había empezado la disputa con motivo de dos escritos recientes de literatos españoles, á saber, los artículos de Valera acerca del *Arte de escribir novelas*, publicados en la *Revista de España*, y las conferencias dadas por doña Emilia Pardo Bazán en el Ateneo, tituladas: *La revolución y la novela en Rusia*.

De uno y otro trabajo se había hecho lenguas Polimnia, que era quien los había leído; y había alabado en el de Valera la gallardía de la forma, la copia, la variedad y selección de la lectura, la originalidad de muchos juicios y la profundidad de la doctrina acá y allá esparcida, sin pretensiones de orden ni de rigor didáctico, pero con más alcance del que podían comprender lecto-

res vulgares ó distraídos. En cuanto á las conferencias de doña Emilia Pardo Bazán, declaraba Polimnia que ella las firmaría sin inconveniente, y alababa, sobre todo, la oportunidad del intento.

—¿Y qué dicen de la novela en cuanto género? había preguntado Hermes, que deseaba ver enzarzadas á Clío y á Caliope. ¿Dicen que pertenece á los dominios de vuestra hermana mayor, ó al dominio de la poesía épica, ó á ninguno de ellos?

—Nada dicen de eso; pero á lo que se deduce de la doctrina respectiva de uno y otro autor, según Valera, la novela no debe acercarse á la historia, pues ésta lleva la verdad por delante, y aquélla para nada la necesita; en cambio, la escritora coruñesa da tal importancia y carácter utilitario é influencia social á la novela, que lógicamente podría Clío sostener que, de ser este género según esa señora dice, es un modo de historia de la actualidad.

¡Aquí fué ella!... Las dos Musas que se disputaban la novela, comenzaron á gritar y á perorar, como procurando cada cual apagar las voces de la otra. Más altas sonaban las de Caliope; pero bien se conocía que Clío tenía aliento más largo y tardaría más en cansarse de vociferar sus excelencias y el derecho que la asistía.

Y así fué que, cuando ya la diosa de la poesía

épica había callado por no poder más, la Musa de la Historia continuaba diciendo:

—Repito y repetiré cien veces que me importa mucho recabar mi jurisdicción sobre la novela, ya que éste es el género más comprensivo y libre de la literatura en los días que corren; y como no háy para la novela Musa determinada, yo debo ser quien la dirija; porque así como se ha dicho que la estadística es la historia *parada*, yo creo que la novela es la historia completa de cada actualidad, no habiendo, en rigor, entre la historia y la novela más diferencia que la del propósito al escribir, no en el objeto que es para ambas la verdad en los hechos. Regiones hay del arte en que novela é historia casi casi se confunden, y es allí donde el historiador y el novelista se propusieron fines poco menos que semejantes; así, como ejemplo de gran distancia entre la historia y la novela, podríamos citar un cronicón apelmazado y soso, escueto y pelado de la Edad Media, y compararle con Amadís de Gaula ó con las Sergas de Esplandián; en el cronicón no hay más que la verdad monda y lironda de los hechos, sin arte, sin orden didáctico, sin propósito ideal; nada más que algunos hechos desnudos y de la realidad más superficial, de lo que cae en el campo de observación del más vulgar testigo de la vida ordinaria; en el libro de caballerías no hay más que fantasía,

el valor de verdad se desprecia aun en su elemento más compatible con la invención, ó sea en la verosimilitud; lo que menos importa es, no ya que aquello haya sucedido, sino que haya podido suceder; aquí, el único mérito que nada importa es el de la verdad y aun posibilidad de los hechos; en el cronicón, el único valor positivo es la realidad de los hechos apuntados. Pues ahora, el ejemplo contrario: la historia, según la entienden y escriben algunos grandes historiadores modernos que tienen facultades de filósofos y artistas, v. gr., Renan; y la novela, según la escribe Flaubert, y en cierto modo, según la escribe Freitag; en la *Vida de Jesús*, en *Los Apóstoles* el arte de resucitar la vida de nombres y tiempos remotos se vale de medios y tiene propósitos análogos á los que emplea en sus obras arqueológicas el autor de *Salambo* y *Herodias*; y es de esperar que cuando el novelista se haya llegado á penetrar más todavía del fin educador de su arte, y el historiador comprenda mejor todavía los misteriosos infalibles recursos de la visión poética, para evocar la más aproximada imagen de la realidad pasada; es de esperar, digo, que entonces sean mayores las semejanzas de novela y de historia, y ha de estar á veces en muy poco, muy poco, la diferencia. Nada de esto se puede entender bien cuando no se tiene la fe profunda

en la verdad y en su belleza; llegará un día en que será un crimen de lesa metafísica el pretender que pueda haber superior belleza á la de la realidad; la realidad es lo infinito, y las combinaciones de cualidades á que lo infinito puede dar existencia, ofrecen superiores bellezas á cuanto quepa que sueñe la fantasía é inspire el deseo. Y si á esto se me quiere objetar aprovechando aquel argumento de Hegel, que consistía en decir: El hombre es capaz de crear lo más bello, y esta no es idea impía, pues al fin el hombre será á su vez obra de Dios, y por ende Dios creador de lo más bello también, mediante su criatura, el hombre; si este argumento se quiere aprovechar transformándole y diciendo: Aunque la realidad en su infinidad puede producir incalculable belleza, como el hombre y su fantasía son parte de esa realidad, puede estar en la fantasía del hombre lo más bello entre toda la realidad bella; á eso contestaré que es una suposición gratuita el señalar á semejante parte infinitamente determinada del mundo real lo mejor de la realidad en cuanto belleza; pues quedan infinitas probabilidades en el resto del mundo á favor de otras cosas que pueden ser más bellas que los productos de la fantasía humana; y esto será lo más verosímil, pues el hombre sólo se mueve en esfera muy limitada, aun cuando más libremente sueña, y quedan

por fuera de la posibilidad de sus combinaciones fantásticas mundos de relaciones infinitas, cuya belleza él no puede sospechar siquiera. ¡Oh, no! La mayor belleza no la compone el sujeto soñador, que así pronto se agotaría el manantial de lo bello artístico; de fuera adentro, de la realidad á la fantasía, viene la savia del arte, y toda otra forma de vida es anuncio de muerte. La verdad, ese cielo abierto al infinito que tenemos ante estos estrechos agujeros de los ojos, es la fuente de belleza, y por eso la novela, la forma más libre y comprensiva del arte, se da la mano con la historia, penetra en sus dominios; y yo, Clío, que soy la Musa de Tucídides y de Plutarco, debo ser la Musa de Cervantes y de Manzoni.

—Todo eso estaría bien, amada Clío, interrumpió el crinado Febo, si no fuera un exclusivismo tan erróneo como todos los exclusivismos. Bien sabe Zeos, mi Padre, que me pesa dar lecciones de estética; pero no siento darlas de tolerancia, de espíritu expansivo. Si es cierto que hay género de novela que viene casi á confundirse con la historia, así como hay modo de escribir historia que es obra de arte casi casi novelesco; no te niego que la verdad comporta más poesía, por comportar más belleza que cuanto cabe que invente el hombre, y esto por las razones que oscuramente has pretendido

alegar; pero no toda la historia necesita ir por ese camino, ni, y esto sobre todo, la novela en general es como tú dices, pues ha habido, hay y habrá siempre novela puramente fantástica, aspiración de la idealidad, reflejo del puro anhelo, que será tan legítima como la más instructiva, profunda é histórica creación del novelista más concienzudamente enamorado de la realidad y su belleza. Por eso hubo, hay, y seguirá habiendo, novelas que, más que á Clío, se acerquen á Caliope, al poema épico. Pero así como digo esto y sostengo la legitimidad de aquellas fábulas que poco ó nada se cuidan de respetar la verdad, ó sólo respetan la verdad de un orden y olvidan la de otros, también aseguro que el gran interés que en los tiempos presentes alcanza la literatura novelesca, más se debe á las obras de los que en general llamaré realistas, que á las de sus contrarios, algunos ilustres. Y siento en el alma que un D. Juan Valera, orgullo mío, lince y ruiñeñor en una pieza, en esos artículos acerca del *Arte de escribir novelas*, de que antes hablábais, se incline con todo el peso de su autoridad del lado de aquellos exclusivistas que no quieren en el arte más que diversión y pasatiempo, y dividen abstractamente las ocupaciones racionales de la vida, y dejan toda la formalidad para unas, y toda la broma y jarana para otras. Indigna es semejan-

te separación, arbitraria, infecunda y fría de espíritus poderosos y noblemente inspirados por el amor serio y profundo de la bella santidad de las cosas; y no debieran los hombres que han sentido en el amor del arte toda la dulzura del cáliz de la belleza, hacer coro á los que dicen que la ciencia enseña y la poesía no; siendo así que la poesía todos sabemos cuál es, y ciencia se llama á lo que no lo es, las más veces; porque no hay más ciencia que la que consiste en el conocimiento evidente de la verdad, y no son libros científicos los que lo son tan sólo por el propósito ó el asunto, sino que han de serlo por la verdad sistemática que hagan ver; mientras de la evidencia de la poesía, allí donde la hay, sabemos por medios infalibles. Y lo verdadero puede saberse poéticamente, así como con la mayor *prosa* del mundo se puede tragar el error. Y, sin que yo anuncie ahora si se cumplirá ó no la profecía de un poeta francés moderno, que dice que los poetas volverán á encargarse algún día de enseñar el camino de la luz á los hombres, si declaro que eso puede ser, porque en nada modifica á la verdad el ser sabida poéticamente; y diré más: así como siempre os quedaría algo por saber de la esencia y cualidades de la naturaleza, mientras desconoceráis la existencia de la música, mientras no hubieseis oído sonar armoniosamente las cosas,

pues en la vibración sonora van misterios de la realidad de otra manera incomunicables, del propio modo hay en la verdad un principalísimo aspecto que sólo puede ser comprendido mediante el arte, esto es: en la expresión perfecta de su poesía.—Y no digo más, porque ya las brisas me sisean pidiéndome silencio para celebrar, todos callando y murmurando ellas, el divino misterio de la tarde, cuando mi propia imagen, el sol de oro, se acerca á besar el inflamado seno de Anfitrite. Sí, callemos, divinas hermanas: oigamos la sosegada armonía de los cielos y la tierra, que en el silencioso ritmo de los fenómenos naturales repetidos días y días, cantan el himno del amor perfecto, cayendo el disco de fuego sobre el mar y rodando perezosa la tierra para recibir sobre la húmeda espalda de las olas la caricia voluptuosa de la luz mística del Poniente. Callad, sí, y oid también el armonioso concierto de vuestra propia idea con la idea divina que el mundo ante los ojos os revela; y ved cómo todo, lo de dentro y lo de fuera, canta la misma oda y aspira á la misma paz y se arroba embebecido en el mismo inefable amor. Musas, si amáis la poesía, no riñáis, no alborotéis estas enramadas tranquilas, siendo espanto de las aves y escándalo de la graciosa Eco; amad y comprenderéis, amad é inspiraréis; tolerar es fecundar la vida. Y basta y

sobra. Nadie diga de esta agua no beberé; odio los vanos discursos y llevo un cuarto de hora arengando á mis Musas; pero ya callo. Dispersémonos; tú, Afrodita, sígueme, que tras aquella peña hemos de contemplar dignamente el postrer misterio del día.

VI

Seguí al dios, á escondidas, entre las matas del sagrado bosque, cuyas últimas ramas, verdes y graciosas, se mecían sobre los rizos blancos de las ondas. Apolo y Venus desaparecieron un momento de mi vista al rodear una peña que avanzaba sobre el mar entre espuma; pero fui audaz, seguí su camino, y acurrucado entre las piedras, como convenía á un mísero mortal en aquel trance, vi á los dioses transformados, ingentes, vestidos sólo de la luz de la tarde y del esplendor de su hermosura. Afrodita sin velos, Febo desnudo, dorado por los reflejos de sus propios rayos, sumergían los pies divinos en las aguas tranquilas que como cintas de plata y de púrpura enlazaban, enredándose en ellas, las plantas de los inmortales. La cabeza de Venus descansaba lánguida y graciosa en el pecho de Apolo, que con la frente erguida, iluminada, miraba con arrogantes llamaradas en los ojos á

lo más alto del cielo, buscando la frente de Zeus, su Padre, para anunciarle sus desposorios con la diosa de la hermosura, la madre del amor.

Moría la tarde majestuosamente; las brisas que se desataban del bosque perfumado, embalsamaban el aire; un ruiseñor cantaba desde el misterio de la espesura; el mar de acero bruñido se cubría, allá, cerca del horizonte, con un manto de púrpura; tras de la apoteosis de las nubes luminosas, manchadas con la sangre de oro del sol que acababa de estallar en aquella polvareda de luz, se extendía el camino de Helias divina; y por Oriente, por donde ya ascendía la palidez del crepúsculo, el horizonte triste ocultaba las costas arenosas y bajas de Palestina.

—Si, pensé; allí está la tierra cristiana, detrás de esas olas oscuras. Y como una imagen que brotara al conjuro de un pensamiento, vi un mendigo de traje talar que, sentado en la arena, olvidado de las magnificencias del cielo y de la hermosura del mar y de la isla, muy atento, al parecer, á lo que hacía, con la cabeza sumida en el pecho, trabajaba meditabundo en un toscó tapiz, que remendaba con groseros hilvanos.

Era un hombrecillo delgado, nervioso, de ojos ardientes, de párpados irritados, rojizos, de barba rala y enmarañada.

Al chasquido de un beso de Apolo en los la-

bios de Afrodita, el viejo irguió la cabeza y se puso en pie de un salto, estremeciéndose, como preparándose contra un peligro.

Vió á los dioses desnudos, y sin escandalizarse, volvió á otro lado la mirada y preguntó:

—¿Quién sois?

Reparó Febo en el mendigo, y exclamó:

—Apolo y Venus.

—¡Ah! sí; los dioses falsos.

—Buen hombre, no hay dioses falsos; somos inmortales. Venimos del Olimpo. Y tú, ¿quién eres?

—¿Yo? Soy Pablo de Tarso, en Cilicia. Vengo de Antioquia; me embarqué en Seleucia y dejé mi nave en Salamina; he pasado por Cition y por Imatonta, y ahora descanso en Pafos. Mañana, otra vela me llevará á Panfilia, á la desembocadura del Cestro, y por el río subiré hasta Pergo...

—¿Y qué destino te conduce? ¿Por qué viajas?

—Predico á los gentiles. Voy á convertir al mundo.

—¿A qué religión?

—A la de Cristo.

—¡Bah! La religión de Cristo ya comenzó á ser predicada hace casi dos mil años.

—Ya lo sé. Fui yo mismo. Pero ahora empiezo otra vez. No me entendieron. Por aquí mismo pasé otra vez hace mil ochocientos años;

Bernabé venia conmigo; en estas costas, sobre las ruinas del templo de Afrodita, en Neapafos, predicamos y convertimos á muchos gentiles, en tre ellos á Sergio Pauló... Después, inflamados en el amor de la buena nueva, volamos al Asia Menor... ¡hermosa vida! hambre, sed, prisiones, humillantes latigazos, todo lo sufrí contento; el Señor iba conmigo; yo era el apóstol de los gentiles; Jesús se me había aparecido; mi revelación era mía... Y el mundo fué cristiano. Pero de mala manera. No me comprendieron. Hay que empezar otra vez, y vuelvo por los mismos pasos á predicar de nuevo (á ver si ahora me entienden) el amor de Cristo.

—Pues mira cómo ha de ser, porque nosotros no hemos muerto, ni pensamos morir.

—No importa, repuso San Pablo encogiendo los hombros. No hace falta que muera nadie. Vosotros viviréis á vuestra manera.

—Pablo, yo soy la poesía!

—Apolo, también yo.

FIN

## LIBROS RECIBIDOS

- Pérez Galdós.—*Fortunata y Jacinta* (cuatro tomos). Madrid.
- Palacio Valdés.—*Maximina* (dos tomos). Madrid.
- Picón.—*El enemigo*. Madrid.
- Pardo de Bazán.—*La Revolución y la novela en Rusia* (tres tomos). Madrid.
- F. Aramburu.—*La nueva ciencia penal*. Madrid.
- José Verdes Montenegro.—*Campoamor*.—*Estudios literarios*. Madrid.
- Varios autores.—*Las Virgenes locas*, novela improvisada. Madrid.
- Matoses.—*Del Montón*. Madrid.
- S. Rueda.—*El cielo alegre*. Madrid.
- Marqués de Figueroa.—*La vizcondesa de Armas*. Madrid.
- Federico Rahola.—*Economistas españoles de los siglos XVI y XVII*. Barcelona.
- José M. Matheu.—*Un rincón del paraíso*. Madrid.
- Angel Salcedo y Ruiz.—*Victor*. Madrid.
- F. Martínez Pedrosa.—*Diálogos de salón*, poesías representables, cuatro tomos. Madrid.
- F. Urrecha.—*La hija de Miracielos*. Madrid.
- Enrique G. Ceñal.—*El Hombre* (novela metafísico-social). Madrid.
- F. Moreno.—*Cuba y su gente*. Madrid.
- J. Adán Berned.—*Retazos literarios* (poesías). Huesca.
- Rafael Torromé.—*La fiebre del día*, comedia dramática. Madrid.
- Antonia Opisso.—*Diario de un deportado* (novela). Madrid.
- Sánchez Pérez.—*Clases de adorno* (comedia en tres actos). Madrid.

M. Martínez Barrionuevo.—*El Padre Eterno* (novela.) Madrid.  
J. Izart.—*El año pasado* (crítica). Barcelona.  
Joaquín Pecci (León XIII). *Poesías latinas*, puestas en rima castellana por Jaime Martí Miquel. Madrid.  
Fermín Herrán.—*Emilio Castelar* (discurso). Vitoria.  
Frontaura.—*Lances de la vida*. Madrid.  
N. Tondreau.—*Penumbas* (poesías). Santiago de Chile.  
Eladio Albéniz.—*Cosquillas* (poesías). Madrid.  
Manuel Cubas.—*Thais*. Madrid.  
S. Marengo.—*La ficción y la verdad de lo ocurrido en Yap*. Madrid.  
Valbuena.—*Historia del corazón* (idilio, segunda edición). Madrid.  
El mismo.—*Fe de erratas del Nuevo Diccionario de la Academia*.—Tomo I.—Madrid.  
José Borrás.—*Puntos suspensivos* (poesías). Madrid.  
Abelardo Morales Ferrer.—*Crisálida* (monólogo representable). Madrid.  
Juan Montalvo.—*El espectador*.—Tomo I.—París.  
Manuel del Palacio.—*Huelgas diplomáticas* (poesías). Madrid.  
El Bachiller Francisco de Osuna.—*De academica cœcitate*. Osuna.  
F. Rodríguez Marín.—*El Cantar de los Cantares*: traducción del hebreo en verso castellano. Osuna.  
Juan Montalvo.—*Mercurial eclesiástica*. París.  
Juan L. Lapouliède.—*Descubierta*. Madrid.  
Luis Alfonso.—*Dos cartas* (novelas). Madrid.  
J. J. García y González.—*El proceso de la prensa*. Madrid.  
Juan Acover y Maspons.—*Poesías*. Palma.  
Ramón Caballero.—*Sueños de madre* (poema). Madrid.  
Joaquín García Caveda. *Obras*.—Publicadas después de su muerte, con un prólogo de D. Fermín Canella y Secades. Oviedo.  
Adolfo Posada.—*El Parlamentarismo*. Oviedo.  
Fermín Canella.—*La Iconoteca asturiana* (discurso). Oviedo.  
El mismo.—*La Biblioteca asturiana* (folleto). Oviedo.

J. María Marqués.—*La verdadera legitimidad y el verdadero liberalismo*. Habana.  
Pompeyo Gener.—*Herejías*. Madrid.  
Hostos.—*Derecho constitucional*. Santo Domingo.  
Cánovas del Castillo.—*Artes y letras*. Madrid.  
El mismo.—*Obras poéticas*. Madrid.  
Frontaura.—*Sermones de doña Paquita*. Madrid.  
Barrionuevo.—*La Generala*. Madrid.  
El mismo.—*Los Quintañones*. Madrid.  
Joaquín de Araujo.—*Luis de Camoes*, poemeto. Porto.  
Ives Guyot.—*La science économique*. Introduction. París.  
Ginés Alberola.—*Guillermo Tell*. Madrid.  
Edmundo de Amicis.—*Cuore*. Trad. de H. Giner de los Ríos. Madrid.

